

Naufragio y sobrevivencia: la izquierda en Centroamérica

Carlos Figueroa Ibarra

Introducción

Al igual que Hamlet en el climax de su tragedia, la izquierda en el mundo y en particular en Centroamérica se pregunta acerca de su existencia. Tal vez habría que ser más duros y decir que ese cuestionamiento abarca incluso a su pertinencia (Borevo). Se ha vuelto un lugar común el plantear la crisis de identidad de la izquierda a partir de la crisis terminal de un modelo —el socialismo real— que durante muchos años fue su referente esencial, tanto en el camino de la emulación como en el del distanciamiento crítico. Para la izquierda centroamericana el giro no puede ser más abrupto: hace relativamente poco tiempo su sendero era el de “las grandes alamedas” con las que soñara Salvador Allende en un también climático momento de su tragedia personal y de la de Chile. Hoy, pese a todo lo acumulado, pese a la riqueza de experiencias que ha ganado, su

Resumen

El hecho de que la lucha revolucionaria centroamericana haya ocurrido en el contexto de la crisis del socialismo real y del Estado de bienestar tiene efectos señalados en la orientación de su programa y, como puede verse actualmente, hasta en su identidad. Prácticamente todas las nociones que le sirvieron de referencia: el socialismo con partido de Estado, la revolución como aniquilación del contrario, la guerra popular prolongada o la guerra popular revolucionaria, el papel de la vanguardia, entre otros, han sido superados por condiciones adversas, tanto nacionales como internacionales, para su sostenimiento. Por estas razones, y pese a que no se ha hecho una evaluación de los cambios a que ha dado lugar esta situación, la izquierda centroamericana ha dado ya algunos pasos que ponen en cuestión su identidad anterior. Lo que la definirá en el futuro, según el autor, será su capacidad para construir un poder alternativo en los marcos de la legalidad existente, o permanecer subordinado a ella, como un apéndice con cada vez menor relevancia política.

Abstract

The fact that revolutionary struggle in Central America occurred during the crisis of real socialism and welfare state, has clear effects in its program and, as can be seen at present, even in its identity. Practically all the notions that it used as referents: socialism with state-party, revolution as the annihilation of the enemy, popular prolonged war of popular revolutionary war, the role of the vanguard, etc., have been overcome by adverse conditions, both national and international, for their maintenance. For these reasons, and though a proper evaluation of the changes that result of this situation has not been made, the Central American left has already made some steps that redefine its previous identity. The issue that can determine its future, according to the author, will be its capacity to build an alternative power within the existing legality, or its subordination to it, as an appendix that will tend to decrease its political relevance.

Estudios Latinoamericanos, núm. 3, Nueva Época, enero-junio, 1995.

situación es similar a la que ha planteado algún analista del caso salvadoreño: "En el nuevo contexto político, la cuestión de la sobrevivencia es clave." (Greiner).

Lo irónico de la situación actual es que hace relativamente pocos años, Sergio Ramírez llamaba a la burguesía nicaragüense —y en general a lo representativo del viejo orden destruido por la revolución sandinista—, "los sobrevivientes del naufragio" (Ramírez). Hoy, la situación se ha invertido y metáforas similares pueden ser usadas para referirse a la izquierda. No en balde el ensayo de Ludolfo Paramio acerca de la izquierda en el siglo XXI, usa la imagen del diluvio (Paramio).

Pese a la pujanza que ha mostrado desde el fin de la década de los setenta, la izquierda centroamericana tiene ante sí la enorme tarea de sobrevivir al naufragio planetario que sus referentes han sufrido. No es que ahora —como a menudo le sucedió en los últimos sesenta años— el terror reaccionario la haya desarticulado y debiera empezar como Sísifo a arrastrar de nuevo su roca hasta la cima de la colina; por el contrario, la izquierda no sólo sobrevivió al baño de sangre en que la guerra sumergió a casi toda la región centroamericana a lo largo de los años ochenta y parte de los noventa, sino pese a los reveses salió del holocausto convertida en un actor impenscindible en al menos tres de los seis países de la región.

Hoy la izquierda no ve a sus estructuras organizativas desmanteladas por el huracán de la represión. La situación en cierto sentido es más grave: han sido sus estructuras ideológicas las que han sucumbido y, como el naufrago que salva la vida y llega con pocos haberes a una playa desierta, en Centroamérica el otrora movimiento revolucionario se prepara a iniciar una nueva vida rescatando lo mejor de su pasado.

Cuando la revolución dejó de ser una tentación

Como veremos más adelante, la izquierda centroamericana vivió en los momentos de su mayor auge una situación absolutamente paradójica. A fines de los años setenta, particularmente con el periodo abierto tras el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro en Nicaragua y después de haber "vivido en las catacumbas" por muchos años, el movimiento revolucionario en este último país, pero también en El Salvador y en Guatemala, se volvió un fenómeno de masas. Más aún, en Nicaragua se volvió poder de Estado y en los otros países se convirtió en un interlocutor indispensable.

Mucha historia había transcurrido para llegar a una situación semejante. Una suerte de interregno provocada por la atemperación de las dictaduras en los

años veinte, había permitido el relativo crecimiento de una izquierda comunista en Guatemala y en Honduras (Figueroa 1989 y 1990; Taracena; Posas s/f y 1981) y un inusitado desarrollo que culminó en la conocida insurrección y matanza en El Salvador de 1932 (Dalton; Anderson). No sería hasta muchos años después (décadas de los cuarenta y los cincuenta) cuando la izquierda revolucionaria de estos tres países volvería a levantar cabeza. Ajena a los vicisitudes de sus congéneres en el resto de una Centroamérica plagada de dictaduras, la izquierda comunista costarricense conoció un auge notable en los años treinta y cuarenta, el cual culminaría con el colapso que sufrió después de la guerra civil de 1948 (Bell).

En el periodo comprendido entre el inicio de la segunda posguerra y la década de los setenta, la izquierda centroamericana se fue diversificando. El surgimiento de partidos reformistas de carácter demócratacristiano y socialdemócrata, permitió hacer la distinción entre centro-izquierda e izquierda y entre "izquierda democrática" e "izquierda revolucionaria". Mientras democracia y keynesianismo fueron las ideas fuerza de la primera, para la segunda lo fueron revolución y socialismo (Solórzano). El ciclo abierto por la revolución cubana diversificó de manera significativa al movimiento revolucionario en Centroamérica en torno a dos elementos: *el carácter de la organización y la vía de la revolución*. La separación fue tajante entre los partidos comunistas y lo que en su momento se denominó "nueva izquierda" aludiendo a un nuevo conjunto de organizaciones. Habiendo nacido en gran medida en el seno de los partidos comunistas, éstas criticaron la concepción partidista y el "economicismo y pacifismo" de aquéllos, oponiéndole la noción de organización político-militar y abrazando las ideas de Guerra Popular Revolucionaria o Guerra Popular Prolongada. (Lungo; Harnecker)

En Nicaragua surge en 1961 el FSLN en gran medida con referencia crítica al Partido Socialista Nicaragüense (PSN-comunista); en Guatemala las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) se deslindan en 1967 del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) y de ella surgirán los núcleos de militantes que formarán el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) en 1972 y la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) que publicitará su existencia en 1979; en El Salvador, las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FLP) se deslindarán del Partido Comunista de El Salvador (PCS) en 1970 y a mediados de esa década nacerán de la confluencia de desprendimientos del PCS y de la juventud social cristiana, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y la Resistencia Nacional (RN); a esta diversificación se agregará el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC). En algunos casos con una visión acrítica del modelo soviético o cubano, en otros con una idea más abierta y creativa, todas estas

organizaciones tendrán en el socialismo una meta a alcanzar. (Debray; Cienfuegos; Prisk; Ortega).¹

El descontento que generó la dictadura militar y la crisis del latifundismo agroexportador en los tres países mencionados, pero particularmente en El Salvador y Guatemala, ayudarán a la izquierda revolucionaria a lograr en la década de los setenta (a diferencia de la de los sesenta) una inserción exitosa en el seno de los movimientos populares. En El Salvador surgen organizaciones de masas como el BPR, FAPU, LP-28, MPL que se unen a las ya existentes; en Guatemala las centrales sindicales se fortalecen y se unen a movimientos campesinos como el CUC, estudiantiles como FRENTE y FERG, populares como el FP-31. El estallido revolucionario que provoca en Nicaragua el asesinato de Chamorro en enero de 1978, no sólo incendia a este último país sino sus efectos se irradian hacia Guatemala y El Salvador. Entre 1979 y marzo de 1982 las acciones militares desarrolladas por la insurgencia revolucionaria en Guatemala se incrementan en un 1,650 por ciento (Figueroa 1991) mientras en El Salvador tal incremento culmina en la eclosión de enero de 1981, que es pensada por el FMLN como "ofensiva final" (Prisk). En los primeros tres años de los ochenta, Centroamérica vio realizado el viejo sueño revolucionario en Nicaragua y ese viejo sueño se convirtió en un escenario posible para El Salvador y Guatemala.

Cuando las fuerzas sandinistas entraron a Managua el 19 de julio de 1979 y el FMLN desató su ofensiva final en enero de 1981, y las organizaciones insurgentes transitaban hacia la lucha armada como forma principal de enfrentamiento contra el orden establecido en Guatemala, la izquierda centroamericana se vio a sí misma como la continuadora de un periodo de turbulencia que estaba debilitando la presencia mundial del imperio norteamericano.

Periodo que inicia con la revolución cubana en 1959 estimulando con su ejemplo el surgimiento de la insurgencia revolucionaria en buena parte de América Latina, y que continúa con los movimientos de liberación nacional africanos que fueron triunfando en los sesenta y setenta, los movimientos estudiantiles de Francia y México en 1968, la revolución de los claveles rojos en el Portugal de 1974, la derrota estadounidense en Vietnam, Laos y Kampuchea en 1975, la rebelión árabe contra la política mundial de los Estados Unidos, la presencia de las tropas cubanas en Angola y en Etiopía en la segunda mitad de los setenta, la revolución en Irán entre 1979 y 1980, la crisis económica que los países industrializados sufrieron a fines de los setenta y principios de los ochenta. Todos estos hechos, unidos a la presencia "del campo socialista con

¹ No es posible, por los propósitos de este escrito, abundar en las múltiples organizaciones que surgieron de los desprendimientos arriba mencionados. Sólo se mencionan los que dieron nacimiento a organizaciones perdurables.

la Unión Soviética a la cabeza" (PGT 1972), eran evidencias de que lenta pero inexorablemente, el mundo efectivamente transitaba hacia el socialismo, a pesar de derrotas temporales como la de Chile en 1973.

Pero lo paradójico en esta gran ola revolucionaria es que aconteció cuando el mundo estaba caminando ya en sentido opuesto. Las revoluciones centroamericanas ocurrieron cuando el mundo observaba la intersección entre el final de una época de ascenso revolucionario, y el principio de otro momento: el de la marea reaccionaria.

Cuando la revolución se convirtió en una ilusión

Lo que los sueños de la revolución no visualizaban desde Centroamérica en aquellos años era que los dos paradigmas básicos de la izquierda, el socialismo real y el estado de bienestar, se estremecían ya desde aquellos años en los cuales la revolución sandinista hizo pensar que la conquista del paraíso, o por lo menos la llave de su puerta de entrada, estaba a la vuelta de la esquina.

Como lo evidenciaba el diagnóstico presentado por un grupo de economistas de Siberia en un documento dado a conocer por Fernando Claudín, el socialismo real combinaba el estancamiento económico con la asfixia creada por la dictadura del partido único. Y al estado de bienestar lo hacía tambalear la estangflación. En Gran Bretaña con el tatcherismo y en Estados Unidos con el reaganismo, se abrió paso la crítica neoliberal al keynesianismo y, como es sabido, las políticas económicas implantadas al tenor de dicha crítica tuvieron fortuna al reestimar el crecimiento económico y detener la inflación. En Estados Unidos, el neoconservadurismo de los *think tanks* derechistas se alió con la nueva derecha de masas asentada en el fundamentalismo cristiano. El nudo ideológico de esa alianza en gran medida fue el neoliberalismo (Ezcurra).

El estatismo, pieza medular del modelo del socialismo real y del keynesianismo empezó a hacerse añicos. Uno a uno los partidos socialdemócratas, adalides del keynesianismo especialmente desde la segunda posguerra, empezaron a caer: en 1979 el laborismo inglés, en 1982 la socialdemocracia alemana, en 1989 la sueca. En 1993 los socialistas franceses sufrieron un revés, como poco antes les había acontecido a los portugueses y griegos. Ante estos hechos, la Socialdemocracia y la Democracia Cristiana iniciaron su reconversión. El Chile de Pinochet no fue sólo un ejemplo conspicuo de dictadura militar, sino se convirtió en un modelo de reactivación económica dirigido por el recetario neoliberal. Los socialistas franceses y españoles empezaron a abandonar muchas de las ideas pertenecientes al modelo distributivo de capitalismo. En 1985 cuando Gorbachov asume el liderazgo soviético, era claro que el socialismo real se encontraba en una situación desesperada. En China, desde el triunfo de la

corriente de Deng Xiao Ping sobre "la banda de los cuatro" se empezó a perfilar un camino de modernización económica que ha culminado con el espíritu de desarrollo capitalista que hoy observamos.

La debacle del socialismo real en el Este europeo –que se manifiesta de manera incuestionable con el rechazo de la mayoría de la sociedad civil a la presencia comunista en el poder en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Alemania Democrática, Rumania, Albania– no fue más que el preámbulo al colapso de la Unión Soviética. El modelo de la transformación social a través de la dictadura del partido único y la hipertrofia del Estado quedaría enterrado. No en balde muchos de los gobernantes africanos que se habían inspirado en ese modelo empezaron a abandonarlo, temerosos de que pudiese sucederles algo parecido a lo de Ceaucescu en Rumania (Decalo).

A pesar de que el colapso del socialismo real ha tenido un efecto positivo al convertir a la democracia representativa en un paradigma de gran fortaleza (Huntington),² esto se ha visto acompañado del auge del neoliberalismo y del desprestigio de la reforma social y del socialismo. No obstante que desde hace algún tiempo se ha empezado a hablar de la crisis del neoliberalismo –particularmente en lo que se refiere a la inestabilidad que crea el ahondamiento de la miseria que le es implícito–, hoy sigue marcando las pautas de política económica a nivel mundial. El mundo capitalista no se preocupa de que en Lituania, Polonia, Ucrania y Hungría, los comunistas del pasado, estén recuperando cuotas significativas del poder político que perdieron en años pasados: al fin y al cabo sólo cabe esperar que apliquen con mayor eficiencia la privatización, el adelgazamiento del Estado y el resto del recetario neoliberal.³

Capitalismo rampante y paradigmas decrepitos

La gran ironía en la que se desenvuelve la izquierda en el momento actual es que los problemas que la hicieron nacer no han desaparecido –por el contrario, se han profundizado y se han hecho más complejos– pero las soluciones y los caminos que ella planteó han fracasado, lo que significa que los paradigmas que guiaron a la izquierda envejecieron y/o murieron. Es esta decrepitud o crisis terminal, junto a la de otros paradigmas que no necesariamente nutren a la izquierda, la que ha hecho nacer la idea de la posmodernidad (Casullo).

No se trata sólo de la muerte del socialismo real, ni de la crisis del estado de bienestar. El agotamiento también concierne a muchas de las ideas que vertebraron a la izquierda desde el siglo pasado. El imperialismo que visualizó Lenin

² No es casual que hoy se habla de que el mundo vive una "tercer ola de democratización" (Huntington).

³ Tal es el análisis aparecido en el *New York Times* del 31 de mayo de 1994.

pudo ser una etapa superior del capitalismo pero no su estadio de putrefacción; la clase –la alianza obrera-campesina– ha dejado de ser el articulador esencial de los agravios de los sectores subordinados puesto que la sociedad civil se ha llenado de nuevos actores; es difícilmente sostenible la idea de que una clase en particular, peor aún una organización en particular, está destinada a ser vanguardia de la revolución; y la revolución, al menos como conquista violenta del poder por los explotados, está fuera de la agenda mundial; el autoritarismo en nombre de la transformación esencial de la sociedad (dictadura del proletariado o dictadura democrática revolucionaria) es una idea justamente desprestigiada; la idea de la inevitabilidad del advenimiento del socialismo ha pasado a ocupar un lugar en el museo de las teleologías y el concepto de socialismo se ha convertido en algo oscuro y vago; el marxismo no es visto ya, ni siquiera por sus más ardientes defensores, como la nueva concepción del mundo destinada a ser “la filosofía insuperable de nuestra época”.

Este colapso ideológico arrasó al arsenal de ideas de la izquierda centroamericana. Empezando por lo más general, la idea misma de revolución. No es posible imaginar a ésta, como un abrupto acto de desplazamiento del poder político y aniquilación de la clase dominante por parte del sujeto revolucionario, idea que nutrió a la izquierda centroamericana durante los setenta. (PGT 1972; Cienfuegos). Tampoco lo es el concebirla como un abrupto acto de desplazamiento del poder político de la clase dominante pero concediéndole un rol en el desarrollo económico nacional tal como lo sugirió el ejemplo de la revolución sandinista.⁴ Ni es posible pensar la revolución como un acto que inicia un largo proceso de transición que tiende al socialismo (Coraggio y Deere; Núñez). Lejos están aquellos tiempos en los cuales la izquierda centroamericana se debatía con respecto a la forma en que se iba a derrocar a la clase dominante: si por medio de la insurrección, la guerra popular revolucionaria, o la guerra popular prolongada.

La lucha por el desarrollo, que fue vista por la izquierda latinoamericana como un camino que transitaba por el antiimperialismo y el socialismo, está siendo reconcebida. El desarrollo, pensado durante varias décadas como industrialización e independencia económica (coincidencia entre marxistas y keynesianos en la región), es ahora pensado como un tema vinculado a la cuestión ecológica, la búsqueda de ventajas comparativas, de nuevas exportaciones y en todo caso,

⁴ Para el caso de Guatemala véase el planteamiento del EGP de una revolución orientada al socialismo (el tiempo de la transición dependería del contexto mundial) (EGP 1979). Para el caso de El Salvador véase la concepción del *Programa del Gobierno Democrático Revolucionario*, así como el *Programa de Gobierno de Amplia Participación* planteado por el FMLN en 1980 y 1983, respectivamente (Cienfuegos).

ajeno a la idea de que la cooperación "con el campo socialista" sustituirá a la expoliación imperialista.

Ha sido descartado el modelo de democracia directa articulada por el partido único, simplemente porque éste nunca existió: el pluralismo político es ahora elemento programático indispensable. En una región en la que la diversidad étnica tiene una fuerte presencia, la idea misma de nación también está en la agenda de las reformulaciones y el mismo efecto tiene el proceso de globalización con la concepción del Estado nacional.

La lucha de clases, vista por la izquierda centroamericana como el motor de la historia, está siendo revisada no porque la expoliación haya dejado de existir y por tanto la polarización social se haya detenido (sucede todo lo contrario en la Centroamérica de fin de siglo), sino porque los ejes de agregación de los distintos actores de la sociedad civil rebasan a las meras motivaciones de clase. El modelo de partido, en mayor o menor medida concebido a partir de las ideas de Lenin (centralismo democrático, selectividad de su membresía, disciplina rigurosa), resulta inoperante para una izquierda que ya está volcada a la legalidad o en camino de ello. La relación partido-organizaciones de masas, en la cual éstas eran concebidas como vías de expresión legal del primero y seguían al pie de la letra sus mandatos parecieran haber terminado. Se ha convertido en algo absurdo la idea de ciertos actores cuyo destino es desaparecer (empresariado, ejército, propietarios privados, partidos de extrema derecha).

En este contexto en el que los referentes básicos han fenecido o se encuentran en crisis, las fronteras ideológicas que en Centroamérica antaño fueran tan evidentes entre la "izquierda revolucionaria" y la "izquierda democrática" se vuelven hoy borrosas. Poniendo el ejemplo más extremo: ¿Existe acaso alguna diferencia esencial entre el cuerpo de ideas que puede sustentar el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) de El Salvador y los planteamientos de la Expresión Renovada del Pueblo?⁵ Con matices puede decirse lo mismo del resto del FMLN; y en Guatemala la URNG observa el mismo desdibujamiento con respecto a varios grupos socialdemócratas y aun con respecto al Partido Socialista Democrático (PSD).

Las fronteras políticas tienen hoy otros temas y generan conflictos intestinos en sectores antaño agrupados en la "izquierda revolucionaria" y la "democrática". Al igual que sucedió en Chile en donde la alianza socialista-comunista que dio origen a la Unidad Popular, se vio rota por los debates que generaron los nuevos temas en la agenda mundial, la izquierda centroamericana se enfrenta

⁵ Sí, se trata del ERP salvadoreño. El desdibujamiento de las fronteras ideológicas aparece de manera más asombrosa cuando se leen las elaboraciones del máximo dirigente de la ERP, Joaquín Villalobos (Véase especialmente Villalobos 1993).

hoy a tendencias centrífugas provocadas por la misma situación. Ya no se trata de si se va a optar por la reforma o la revolución, o si se adhiere al marxismo o al keynesianismo, de si se lucha por una sociedad justa y democrática o si esta lucha es por el socialismo. Las diferencias están articuladas a temas como el papel de los sectores subalternos de la sociedad civil y de las élites en el proceso de transformación de la sociedad, el sentido que tienen las reformas por las cuales se lucha, la relación que la izquierda debe tener con el Estado y la ética con la cual se participa en el proceso político.

En busca de la identidad perdida

En El Salvador y, en general, en Centroamérica, la afirmación explícita de la Expresión Renovada del Pueblo (antes Ejército Revolucionario del Pueblo) en septiembre de 1993, de que su referente ideológico será la socialdemocracia ha desencadenado críticas y defensas. Iguales inquietudes desencadenó en su momento el acercamiento del FSLN a la Internacional Socialista. Edelberto Torres Rivas, pletórico en metáforas como siempre, ha hablado de "trasvestismo ideológico" y de una manera más descarnada, de oportunismo como otra cara del sectarismo (Torres).

Al analizar el debate que de manera abierta se observa en el caso del FMLN en El Salvador, o del FSLN en Nicaragua, o de manera implícita como sucede con la URNG en Guatemala, puede observarse que a menudo la disyuntiva se plantea como socialdemocracia o marxismo (Guidos) o aun entre socialdemocracia o marxismo-leninismo (Amaya). Por razones distintas, ambas dicotomías parecen ser falsas. En lo que se refiere a la segunda puede decirse que muy pocas izquierdas hablan hoy de marxismo-leninismo. La razón es muy sencilla: el marxismo-leninismo, esa suerte de religión laica que acompañó al socialismo real se murió con éste último, aunque indudablemente haya muchos militantes y dirigentes que muestran resabios de la formación que recibieron en Cuba, Alemania Democrática o la Unión Soviética. Pero en el caso de El Salvador, en Guatemala y más aún en Nicaragua, la izquierda tiene niveles de elaboración que distan mucho de la ideología de Estado antes mencionada.

También es falsa la primera dicotomía. Como se ha expreado líneas atrás, independientemente de que la izquierda se alinee con el marxismo o la socialdemocracia, en el nuevo contexto mundial su programa necesariamente tendrá que estar vertebrado por la moderación. El nuevo espíritu estatal de la izquierda está unido hoy de manera indisoluble a la búsqueda de gobernabilidad y ésta implica necesariamente la búsqueda de compromisos y la agilidad en la concesión. El manejo de la economía y de la política está encasillado hoy más que nunca en los límites que imponen instancias supranacionales. Por ello

EL PROBLEMA MILITAR Y LA CONSOLIDACIÓN...

mismo, aludir a virajes ideológicos como los observados en el ERP en El Salvador en términos de oportunismo o travestismo ideológico como lo hace Torres Rivas sin analizar los anteriores factores, raya en el anatema o en la simplificación.

Los espacios para los dos extremos de la geometría política se han estrechado y por ello mismo hoy encontramos un aglutinamiento de las fuerzas políticas en el centro. No en balde el MNR en El Salvador se permite recordar su derecho de antigüedad ante una emergente competencia. El que fuera su principal dirigente, Víctor M. Valle, expresaba a fines de 1993 que "la socialdemocracia tiene en El Salvador un referente concreto: el Movimiento Nacional Revolucionario" y argüía que "...durante los próximos cinco años el MNR será el único partido que podrá ostentar la condición de miembro pleno de la Internacional Socialista." (Valle). Y otro miembro de dicho partido lo expresaba de manera más directa: "Algunas fuerzas han buscado resolver este conflicto y crisis de identidad, declarándose socialdemócratas. No basta con hacer declaraciones retóricas, sino que es más importante la trayectoria y consistencia en las posiciones políticas. En el MNR lo hemos dicho varias veces: ¡socialistas democráticos ayer, hoy y mañana!" (Córdova).

Nada de esto pudo evitar que el MNR haya sido desplazado por la antigua izquierda revolucionaria en el espacio destinado a la izquierda legal: su porcentaje de votos en la primera vuelta de las elecciones de 1994 apenas llegó al uno por ciento. Igual situación se observa en Guatemala con el Partido Socialista Democrático (PSD): el espacio de la izquierda legal tarde o temprano será ocupado por la URNG (aunque es posible que sin la misma fortuna que el FMLN) y el centro está copado por una vigorosa Democracia Cristiana. El PSD obtuvo en el último proceso electoral (1993) cuatro por ciento de los votos y hoy se enfrenta a la posibilidad de perder su registro legal.⁶

Hoy observamos una concurrencia en torno a la etiqueta socialdemócrata. Pero la pregunta surge rápidamente: ¿qué es la socialdemocracia? Al igual que la izquierda marxista, ésta también ha sufrido una crisis de identidad porque ha abandonado al menos dos programas históricos que la definían: la socialdemocracia que se nutría del marxismo y de teóricos como Bernstein y Kautsky y que se planteaba el desmontaje del capitalismo a través de la reforma, murió relativamente pronto; la socialdemocracia que se adhirió al Estado benefactor y abrazó al keynesianismo, también es cosa del pasado. Hoy la socialdemocracia también se mueve en el estrecho corredor que la nueva situación mundial ha creado. En Centroamérica la crisis de identidad afecta también a la socialdemo-

⁶ Información obtenida en entrevistas con dirigentes del PSD.

cracia, aun cuando en casos como el costarricense esto no se ha traducido en una debacle electoral.

Al observar, por una parte, la lucha interna en el seno del FSLN (con una corriente que tiene a su figura visible en Sergio Ramírez y en otra que encabeza Daniel Ortega) y, por otra, el saber que también en la URNG existen diferencias ideológicas de raíces históricas (PGT y ORPA expresarían el contraste más evidente, pero también es posible preguntarse por el que expresan EGP y FAR), lleva a pensar que el debate y la desagregación que sufre hoy el FMLN forma parte de un proceso de reconstrucción de la identidad de la izquierda centroamericana. Lo que resulta particularmente interesante del caso salvadoreño es que prefigura el posible proceso de diferenciación que se puede observar en otras partes de Centroamérica. Lejos está aquel momento en el cual los dirigentes del ERP y de la RN, hoy protagonistas de la diferenciación con respecto a las otras tres organizaciones del FMLN, pregonaban lo contrario. En 1987 Fermán Cienfuegos escribía que en el FMLN no habían cinco partidos "sino seis en realidad", puesto que se estaba asistiendo a la formación del partido único de la revolución (Cienfuegos). Y Villalobos agregaba en 1989 que sólo "los más conocedores" podían matizar las diferencias dentro del FMLN (Villalobos 1989).

La izquierda centroamericana conoció durante los sesenta y setenta amargas experiencias de división debidas a las diferencias ideológicas sobre los temas antes mencionados. El triunfo de la revolución sandinista como parte de un proceso ascendente ayudó a resolver esas diferencias durante los ochenta y se vivió un periodo de unificación y reunificación. Los noventa parecen estar destinados nuevamente a un proceso de diferenciación. La razón es muy simple. La marea conservadora terminó con las certezas básicas que fueron poderosos motivos de agregación. ¿Acaso es posible unir hoy a la izquierda con el candor del Fermán Cienfuegos de 1987?:

Tenemos que avanzar hacia una primera etapa en que hay que desarrollar el programa del proyecto Político (PP). Después tendremos que hacer otros programas; más adelante ir buscando las bases de construcción del socialismo, y en una perspectiva histórica echar las bases del comunismo que se desarrollaría en el año tres mil en nuestro país. Esa es la proyección que tenemos como comunistas, como marxistas (*Op. cit.*, p. 85).

No existe ya en la izquierda centroamericana homogeneidad en lo que se refiere al sentido de su lucha de aquí al año 3000. Mientras Salvador Sánchez Cerén, Secretario General de las FPL afirma que lo que hay que buscar son mecanismos que "a la larga vayan debilitando el sistema capitalista porque éste no da respuesta al problema de la desigualdad" (citado en Cabrera), Villalobos

consideraba que el modelo a seguir para El Salvador es el de países como Alemania, Japón y Costa Rica (porque esta última no tiene ejército y está atada fuertemente a la economía de los Estados Unidos) (citado en Guidos, p.11). Mientras el primero plantea la vigencia del marxismo (idea que sigue presente en el PCS también); Villalobos y la ERP han abandonado la idea de que había que aceptar el marxismo-leninismo como disciplina científica (afirmación que se encuentra en Villalobos 1989); el primero dice hoy sin remilgos que "La ERP no puede seguir siendo considerada marxista. El marxismo es sólo una teoría política más como cualquiera otra." (Villalobos en Guidos).

Mientras Francisco Jovel del PRTC considera que la justicia social y el desarrollo no pueden ser alcanzados sólo modernizando al sistema capitalista y, junto con Schafik Jorge Handal (Secretario General del PCS) repudian al neoliberalismo (citados en Cabrera), el dirigente de la ERP Juan Salvador Medrano afirma crudamente que hay que renegar del comunismo y que lo que se debe intentar es modernizar al capitalismo en El Salvador (*ibid*). Mientras en 1989, Villalobos consideraba que la modernización capitalista y el seudoreformismo habían fracasado en El Salvador (Villalobos 1989, p. 12), hoy considera que hay que salirse de la trampa en que "nos encierra el esquema capitalismo-socialismo" pero concibe a la democracia como algo que esta indisolublemente ligada a la existencia de capitalismo en la sociedad:

Por ello, si se es anticapitalista, no se puede ser seriamente democrático. ¿Cómo se piensa resolver el problema de los que quieren ser procapitalistas? (Villalobos 1993, p. 3).⁷

El acuerdo que el FMLN empezó a vislumbrar desde 1983 y de manera más precisa a partir de 1988 (Guidos) con respecto a la revolución democrática partía de la concepción de que ésta no sería un cambio radical pero que implicaría una ruptura significativa en las bases del poder político en El Salvador. Parafraseando a Lenin, Schafik Jorge Handal siempre insistió en que el problema esencial de una revolución no era el programa sino la cuestión del poder (Schafik en Menéndez). Acaso sea esta concepción la que hoy distancia a las diferentes fuerzas en el FMLN con respecto a la evaluación de la revolución democrática: los que piensan que ésta es un proceso inconcluso (FPL, PCS, PRTC)⁸ y aquellos que consideran que es un hecho consumado (ERP, RN).

⁷ Dicho sea de paso, a Villalobos se le olvida que el falso problema que él plantea ha sido resuelto de manera democrática en favor del capitalismo en las sociedades modernas: por el imperio de la mayoría. Y también de manera antidemocrática como nos lo recuerda el caso de Chile en 1973.

⁸ "La tarea es consumir esta revolución y esto no se puede lograr si no se resuelve el problema del poder político." (Schafik en Cabrera).

Efectivamente, el problema del poder sigue siendo decisivo en esta nueva etapa de la izquierda centroamericana. Se puede ser marxista o socialdemócrata, pragmático reformista o utópico revolucionario. No serán éstas las disyuntivas esenciales en el proceso de definición política para la izquierda centroamericana a fines del siglo XX, puesto que su programa está severamente acotado por la realidad que se impuso con la posguerra fría. La encrucijada fundamental radica en si se opta por construir un poder alternativo o si se escoge simplemente compartir (en condiciones de minoría) aquel poder que, modernizándose, logró sobrevivir a la tormenta revolucionaria de los ochenta. Cualquiera de estas dos opciones que se escoja, le dará un contenido esencialmente distinto a las reformas grandes o pequeñas que se logren en el futuro.

Por ello mismo resulta de cardinal importancia no sólo para el caso salvadoreño sino para toda Centroamérica, la diferenciación que hace el dirigente de la ERP, Víctor Amaya, cuando distingue al reformismo socialdemócrata tradicional del reformismo radical y se adhiere al segundo. Amaya plantea que el reformismo socialdemócrata tradicional afecta sólo la esfera de la distribución, es reversible, no tiene un hilo de continuidad, busca separar a la economía de la política y de la ideología, tiene poco interés en la democracia directa y menosprecio por las acciones extraparlamentarias (huelgas, movimientos reivindicativos) y cae con facilidad en concesiones que comprometen esencialmente el proceso de cambio. En cambio, el reformismo radical o socialdemócrata de izquierda afecta las diversas esferas de la economía, no solamente la de la distribución, persigue la irreversibilidad de las reformas sustentándose en las mayorías populares y la creación de bloques sociales reformistas, busca la creación de estadios transicionales y la participación democrática de masas a través de la democracia representativa y directa y tiene la agilidad suficiente como para efectuar retiradas que puedan crear condiciones para seguir avanzando (Amaya). Lo sugerente del planteamiento del dirigente de la ERP es que esta parece ser la alternativa ante la cual se enfrenta no sólo el FMLN y la Convergencia Democrática en El Salvador, sino el FSLN en Nicaragua y la URNG y otras fuerzas progresistas en Guatemala.

En otras palabras, se trata de escoger entre la participación en un poder que administra el *statu quo* o de construir en el marco de la legalidad imperante un poder alternativo en el seno de la sociedad civil y del Estado con miras a transformar el orden establecido.⁹ Se trata de escoger si las reformas notables

⁹ El poder alternativo se construye independientemente de que se ganen o pierdan las elecciones, se participe o no en el gobierno. En realidad lo que se persigue es crear una correlación de fuerzas en el seno de la sociedad civil, que favorezca reformas beneficiosas para los sectores mayoritarios de la población. La creación de un poder alternativo comprende la aceptación del realismo de Rubén Zamora cuando plantea que la izquierda debe plantearse una nueva forma de ejercer el poder que es compartirlo. Es la única forma

o insignificantes se articulan en un proyecto de mera reproducción de la sociedad o de su transformación esencial. En esta disyuntiva poco importa la autodenominación que las fuerzas políticas escojan (marxista, socialcristiana, socialdemócrata). Al fin de cuentas, la historia del siglo XX ha visto a cada una de las referencias políticas mencionadas participando en una u otra disyuntiva. Además, hoy más que nunca el hilo conductor en la unificación de la izquierda parece transitar de la esfera de la ideología a la de la política.

Probablemente sea éste el camino que la izquierda latinoamericana tenga que transitar en el proceso de construcción de un nuevo modelo alternativo al dominante. Este sendero parece ser el único, pero está lleno de riesgos. Uno de ellos es que las fuerzas políticas que se plantean tal estrategia sufran el mismo destino de la socialdemocracia, y que partiendo del objetivo de la transformación esencial de la sociedad (rasgo general que hoy le sigue dando identidad a la izquierda), terminen atrapados en el juego de las conveniencias y oportunismos políticos, las ambiciones personales y aun la corrupción, y todo ello lleve el abandono del proyecto original. Hoy en Latinoamérica, y en Centroamérica en particular, parece haber un hartazgo de la corrupción y el oportunismo de los partidos políticos. Eduardo Sancho (el otrora Fermán Cienfuegos) lo ha expresado certeramente: "Todo el mundo está decepcionado de los partidos tradicionales y clásicos y si el FMLN se comporta como ellos vendrá el desencanto y la decepción" (Sancho en Cabrera).

La dimensión ética de la política (Cuenca) ha adquirido una nueva apreciación. El M-19 en Colombia, parece ser un buen ejemplo de como una izquierda puede despilfarrar un capital político ganado en una lucha coherente, cuando pasa al terreno de la legalidad con apetito de poder más que de transformación. Hagamos votos porque, pese a signos inquietantes, la izquierda centroamericana sea congruente con lo mejor de su propia historia.

Fuentes Consultadas

- Anderson, Thomas, *El Salvador 1932*, San José, Costa Rica, EDUCA, 1983.
 Amaya, Victor, "Marxismo leninismo o socialdemocracia. Un debate pendiente", *Tendencias*, San Salvador, núm. 30, mayo 1994.
 Bovero, Michelangelo, "¿Aún tiene sentido la oposición derecha-izquierda?", *Tendencias*, San Salvador, núm. 22, junio de 1993.
 Bell, John Patrick, *Guerra Civil en Costa Rica. Los sucesos políticos de 1948*, San José, Costa Rica, EDUCA, 1987.

de garantizar la gobernabilidad en caso de que aquélla gane las elecciones: negarse a sí misma como opción única de gobierno (Zamora).

- Cabrera, Any, "Los debates en el FMLN", *Tendencias*, San Salvador, núm. 2, junio de 1993.
- Casullo, Nicolás, (comp. y prólogo), *El debate modernidad-posmodernidad*, Buenos Aires, Punto Sur editores, 1989.
- Cienfuegos, Fermán, *Veredas de la audacia. Historia del FMLN*, San Salvador, Ediciones Roque Dalton, 1989.
- Coraggio, José Luis y Carmen Diana Deere (coord.), *La transición difícil. La autodeterminación de los pequeños países periféricos*, Managua, CRIES/PACCA/Ed. Vanguardia, 1987.
- Cordova, Ricardo, "Recomposición opositora y alianzas electorales", *Tendencias*, San Salvador, núm. 18, marzo de 1993.
- Cuenca, Brenny, "Ética y verdad: pilares del debate democrático", *Tendencias*, San Salvador, núm. 17, febrero 1983.
- Dalton, Roque, *Miguel Mármol, los sucesos de 1932 en El Salvador*, México, Ediciones Cuicuilco-INAH, 1982.
- Debray, Régis, *Las pruebas de fuego*, (Tomo II de la Crítica de las armas. Capítulo escrito con Ricardo Ramírez, sobre Guatemala), México, Siglo XXI, 1975.
- Decalo, Samuel, "The process, prospects and constraints of democratization in Africa", *African Affairs*, núm. 91, 1992, pp. 7-35.
- Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), *La lucha democrática popular y revolucionaria contra el poder de los ricos. Manifiesto al pueblo de Guatemala*, publicado por diversos periódicos del mundo en octubre de 1979.
- Ezcurra, Ana María, *Intervención en América Latina. Los conflictos de baja intensidad*, Buenos Aires, Claves Latinoamericanas, 1988.
- Figuroa Ibarra, Carlos, "Marxismo, sociedad y movimiento obrero en la Guatemala de los veinte", *Memoria*, México, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, julio de 1989.
- Figuroa Ibarra, Carlos, "El bolchevique mexicano de la Centroamérica de los veinte" (entrevista a Jorge Fernández Anaya), en *Memoria*, México, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, núm. 31, septiembre-octubre de 1990.
- Figuroa Ibarra, Carlos, *El recurso del miedo. Ensayo sobre Estado y terror en Guatemala*, San José, Costa Rica, EDUCA, 1991.
- Harnecker Marta, *Pueblos en armas: Guatemala, El Salvador, Nicaragua*, México, Serie Popular ERA, 1980.
- Huntington, Samuel P., *The Third Wave. Democratization in the late Twentieth Century*, Oklahoma University Press, Norman and London, 1991.
- Grenier, Ivon, "Una clase política en transición", *Tendencias*, San Salvador, núm. 14, octubre de 1992.

- Guidos Béjar, Rafael, "El imaginario político de la nueva izquierda", *Tendencias*, San Salvador, núm. 15, noviembre de 1992.
- Landau, Saul, *The guerrilla wars of Central America. Nicaragua, El Salvador and Guatemala*, New York, St. Martins' Press, 1993.
- Lungo, Mario, *El Salvador 1981-1984. La dimensión política de la guerra*, San Salvador, UCA Editores, 1986.
- Menéndez Rodríguez, Mario, *El Salvador: una auténtica guerra civil*, Centroamérica, EDUCA, 1984.
- Núñez Soto, Orlando, *Transición y lucha de clases en Nicaragua 1979-1986*, México, CRIES/Siglo XXI, 1987.
- Ortega Saavedra, Humberto, *50 años de lucha sandinista*, México, Editorial Diógenes, 1979.
- Paramio, Ludolfo, *Después del diluvio. La izquierda en el siglo XXI*, México, Siglo XXI Editores.
- Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), *El camino de la revolución guatemalteca*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1972.
- Posas, Mario, *Las sociedades artesanales y los orígenes del movimiento obrero hondureño*, Honduras, ESP L 14 Editorial, s/f.
- Posas, Mario, *Luchas del movimiento obrero hondureño*, San José, Costa Rica, EDUCA, 1981.
- Prisk, Courtney E., *The comandante speaks. Memoirs of an El Salvador Guerrilla leader*, Boulder, Westview Press, 1991.
- Ramírez, Sergio, *El alba de oro*, México, Siglo XXI editores, 1983.
- Solórzano, Mario, *Guatemala: autoritarismo y democracia*, San José, Costa Rica, EDUCA-FLACSO, 1987.
- Taracena Arriola, Arturo, "El primer Partido Comunista de Guatemala (1922-1932)", revista *Araucaria de Chile*, Madrid, núm. 27, 1984.
- Torres Rivas, Edelberto, "De encrucijadas y certezas. Acerca del redespliegue ideológico de la izquierda", *Tendencias*, San Salvador, núm. 25, noviembre de 1993.
- Valle, Victor M., "Socialdemocracia a la flor de izote", *Tendencias*, San Salvador, núm. 25, noviembre de 1993.
- Villalobos, Joaquín, *Izquierda, democracia representativa y mercado*, San Salvador, mimeo, septiembre de 1993.
- Zamora, Rubén, "La izquierda en la encrucijada", entrevista hecha por *Tendencias*, San Salvador, núm. 15, noviembre de 1992.